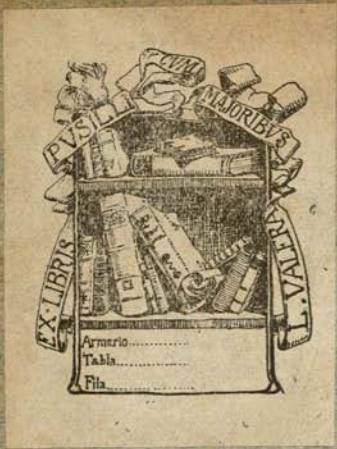


DOÑA TRINIDAD GRUND  
DE HEREDIA





*2. 6. page*















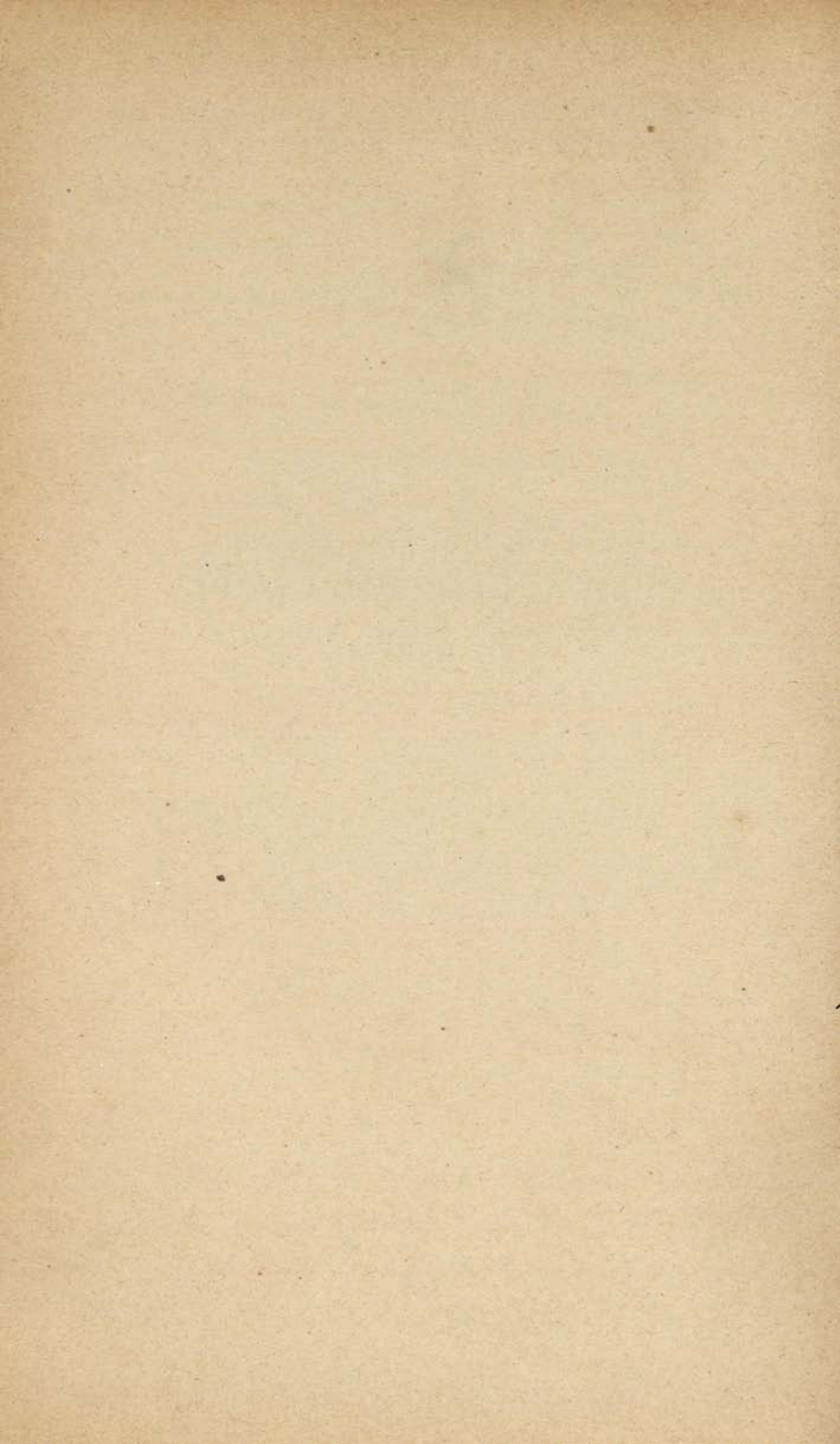
Amigo y maestro Sr Juan Valera: muy maltrato es para V. que yo responda a sus presentes libros de su pluma con enviarle los míos aunque vayan sahumados y con letras de oro en la cubierta, pero aquí solo se producen estas pobrezas; aceptelas porque van como las legumbres o que nalle la Biblia con amor, y asegura que así saben mejor el carulm cebado, que sin duda era el colmo de regalo gastronómico en los menús del tiempo.

suyo  
J. J. J. J.

DOÑA TRINIDAD GRUND

DE HEREDIA

---



D.<sup>A</sup> TRINIDAD GRUND

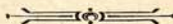
DE HEREDIA

---

NECROLOGÍA

ESCRITA POR

DON FRANCISCO SILVELA



*A. J. + J.*

MÁLAGA, 1896

Talleres de Imprenta y Encuadernaciones de A. Gilabert,  
*Calle Nueva, 40*



**D**OÑA Trinidad Grund y Cerero, nació en Sevilla, el 28 de Febrero de 1821, en una modesta casa de la calle de Toqueros, y fué bautizada en la Parroquia de San Bartolomé. Su padre, D. Federico Grund, era natural de Hamburgo, y desempeñaba el Consulado de Prusia en Sevilla, cuando casó con D.<sup>a</sup> Trinidad Cerero y Arroyal, nacida y criada en esa ciudad; y primer fruto de ese matrimonio, fué la niña que recibió el propio nombre de pila de su madre.

D. Federico y su esposa, representaban, con acabada perfeccion, el tipo de sus respectivas razas; él, era hombre de voluntad inquebrantable, poco atento al parecer y juicio del vulgo, franco en sus maneras, de complexion récia en su cuerpo como en su espíritu, y grande aficionado

á la música; ella, era una sevillana de hermosura meridional, y con viveza de alma y prontitud de ingénio, ponderados como singulares por los muchos que aún la conocieron en Málaga, donde tales prendas no escasean.

Cifró D.<sup>a</sup> Trinidad Grund en su persona las aptitudes de entrambas progenies, con el aumento y mejora, que se producen en algunas uniones afortunadas de razas superiores, y cuando llegaba á la mayor edad, era una mujer hermosísima, de cuerpo airoso y un tanto varonil, estatura crecida, facciones por extremo expresivas, y unos ojos claros cuya mirada se encendía al dirigirse, siempre recta y resuelta, sobre aquel que le hablaba, como si nunca temiera de los demás, ni jamás hubieran entrado en su alma, pensamientos ni flaquezas, de los que hacen involuntariamente inclinar la vista. Casó entonces con D. Manuel Heredia, el hijo mayor del fundador de la casa, D. Manuel Agustin, que tanto hizo por la riqueza y prosperidad de esta ciudad y provincia, por los caminos del trabajo honrado y la expeculacion inteligente, abriendo los mercados de América para los productos del suelo, y creando la industria del hierro en la costa, para explotar los privilegiados minerales de Marbella.

Pero Dios había señalado muy pocos días de felicidad en este mundo á D.<sup>a</sup> Trinidad, y la muerte de su esposo, fué la primera prueba á que sujetó aquel alma, en la que se ha podido seguir con admiracion, el estudio de la virtud divina del dolor, cuando lo sufren espíritus superiores y lo reciben, no como lote malditô, repartido por la casualidad ciega, sino como prueba y designio de un Dios providente, que inspira su severidad y dureza, en fines de amor.

Quedaron para consolar su viudez, un hijo varón y dos niñas, que ofrecían interés á su vida y alimento á la actividad de su alma y á la viveza de sus afectos, y el hijo, tan sólo sobrevivió á su padre pocos meses, muriendo en una horrible operación quirúrgica, intentada en vano para librarle de la asfixia del *croup*.

Aún se mantenía enérgico y entero su espíritu ante tales golpes, concentrando apasionado cariño y esperanzas, en las dos hijas, que muy niñas aún, prometían ya emular la arrogante esbeltéz y belleza de su madre; pero Dios quería, sin duda, dedicar aquel alma al sacrificio por los desvalidos en este mundo, y la sometió á una prueba, que dió á sus energías el temple del acero, y determinó su consagración á la caridad por el resto de sus días en la Tierra, cuando los



esplendores de la juventud, la hermosura y la opulencia la rodeaban.

A las once de la noche del 29 de Marzo de 1856, entraba en el Estrecho de Gibraltar el vapor *Miño*; en él había tomado pasaje Doña Trinidad con sus dos hijas, su cuñada María Heredia, y algunos otros parientes y amigos, para trasladarse á Sevilla. El mar estaba tranquilo, y la luna lucía clara en un cielo sin nubes, y en un horizonte sin niebla; numerosas y principales familias de Málaga y Almería, que acudían á las funciones de la famosa fèria, disfrutaban sobre cubierta, de los encantos incomparables de una noche primaveral en el Mediterráneo, y miraban acercarse las luces de otro buque, que avanzaba en rumbo contrario, preparándose á saludarlo alegremente, cuando pasara rozando su costado; mas una incomprensible ceguedad en la maniobra, determinó un choque de proa, que abrió en el vapor español una brecha espantosa; el número extraordinario de viajeros, y la rapidéz con que se sumergía el buque, hacían casi imposible el salvamento; sólo hubo espacio para que un sacerdote, sobre el puente, diera la absolucion á los aterrados pasajeros, y la pidiera para sí al Señor; Doña Trinidad, que comprendió lo inútil de todo

esfuerzo para salvar sus hijas, se abrazó á ellas, y encomendando su alma á Dios, se dejó arrastrar por el remolino que el casco destrozado producía al hundirse en el abismo. La violencia de las aguas la aturdió unos instantes, y empujada por un banco de abordo, que se había enredado en sus vestidos, apareció en la superficie; pero en el momento de su desmayo, el torbellino le había arrancado sus hijas de los brazos, y aquella impresion de dolor, en la que no se puede poner el pensamiento sin extremeerse, aun por los que sólo lo hemos oido referir como suceso de larga fecha, la hizo entregarse desmayada y sin sentido al mar, que no la quiso para sí, y la sostuvo milagrosamente y sin hacer ella nada para salvarse; y como muerta, la recogieron en un bote, donde se habían amparado algunos pocos náufragos.

Al recobrar el sentido en la orilla, que no estaba lejana, y recordar que el mar le había arrancado de sus brazos sus hijas, y las había sepultado allí mismo, dejándole cruelmente la vida, para que aquella impresion horrible de dolor se mantuviera, y pudiera llorarla por años perdurables, el alma de D.<sup>a</sup> Trinidad debió sufrir lo que no puede intentar referir la palabra humana; y allí hizo profesion y votos perpétuos

de dolor para ella, de alivio, caridad, abnegacion y desprendimiento, para con el prójimo.

Su vida se transformó desde aquella espantosa catástrofe; pero siguiendo los caminos que Dios le había trazado con tan tremendas pruebas, en ellos brillaron más vigorosos y más puros, los sentimientos elevados de su espíritu, y las dotes privilegiadas de su inteligencia y su voluntad. El vestido con el que le sorprendió el naufragio del *Minio*, y en cuya falda se enganchó el banco que la sacó á la superficie de las aguas, lo conservaba cual reliquia, destinándolo á vestir su cadáver, como si quisiera significar, que aquel dia, habia sido el de su desprendimiento de las alegrías y placeres del mundo.

Su traje fué ya, hasta su muerte, el manto y el vestido negro y sin forma, de una viuda, que usa sus lutos hasta llegar á la trama del tejido; sus abundantes cabellos castaños y de apiñada raiz, blanquearon pronto, y surcaron su semblante las huellas profundas que dejáran tantos raudales de lágrimas, y tan violentas impresiones de angustia y dolor; pero en los pliegues de aquel manto descolorido y polvoriento, cuando se sentaba á la cabecera del enfermo, ó aparecía á consolar al afligido, ó acudía á solicitar del

politico ó del gobernante, apoyo para una obra benéfica, ó exigirle intervencion eficaz y pronta para reparar un daño contra los pobres, se veía toda la majestad y la elegancia de una gran señora, que había abdicado voluntariamente las alturas, trasladándose, con toda su grandeza moral, á vivir entre los humildes, para amarlos y socorrerlos; y en su mirada brillaba, como en los dias de su juventud, la indiferencia á todo respeto humano, que pudiera alarmarse con las audacias de la verdad, la fé, ó la conviccion, que salían á sus lábios, sin desformarse en lo más mínimo, tal y como las sentía su corazon, ó las forjaba su entendimiento.

Eran aquellos años, de prosperidad para Málaga, como para España entera; se regularizaba un tanto nuestra vida parlamentaria y política, se organizaba una administracion respetable y respetada, se construían las grandes líneas de ferrocarriles, se preparaba la campaña de Africa, se creaba una escuadra, y se ofrecían esperanzas de que recobraría nuestro país su puesto antiguo entre las grandes naciones europeas; y en la vida de esta capital figuraba, como entidad de primera importancia, la casa mercantil é industrial que fundára D. Manuel Agustín Heredia, y que continuaba sus principales empresas.

La fortuna, el prestigio de la familia y del nombre, su propia actividad, su inteligencia entera, fueron durante largos años para Doña Trinidad, elementos consagrados y puestos al servicio de la caridad, bajo todas sus formas. La limosna al pobre, el socorro al enfermo, la asistencia al impedido, la dote para la religiosa, la redencion para el soldado, los auxilios en las epidemias, han consumido oscuramente sumas extraordinarias, ignoradas, en su detalle, de los hombres, pero que representan y significan mares de lágrimas enjugadas, y horas infinitas de angustia, abreviadas ó endulzadas en las tortuosas callejas de los barrios, donde Doña Trinidad ha sido venerada hasta su muerte, como los pastores de los fieles en los primeros siglos, eran respetados y queridos, por las almas sedientas de ideal y de fé, que acudían á regenerarse en las fuentes de la verdad, huyendo de las miserias del paganismo moribundo.

Su limosna, su auxilio, no era tan solo la dádiva material, otorgada como contribucion, por mandato divino ó por obligaciones sociales; le acompañaba en forma tan íntima y estrecha, el calor de su corazon, que con ella recibía el socorrido, el aliento, que presta á toda alma dolorida, el cariño del amigo, el ejemplo del

hermano que nos anima á luchar, y se interesa por nuestros infortunios, y en cierta medida, los comparte.

Era un espectáculo, para quien no estaba familiarizado con él, conmovedor, acompañar á D.<sup>a</sup> Trinidad al Asilo de San Manuel, ó á alguna visita de caridad en los barrios, cruzando las callejas del Bulto, las encrucijadas del Perchel y del Cristo de Zamarrilla; las mujeres, sentadas en los umbrales de las puertas, se levantaban á saludarla; los vendedores de pescado, que en jarras para mantener el equilibrio de sus cenachos, marchan apresurados por el estrecho pasadizo de losetas más transitable, se apartaban respetuosos para dejarle el paso; y algunas niñas de las que asisten al Asilo, salían de los portales, y con la confiada alegría de quien vé á una madre, venían á besarle la mano; y si cansada, ya en estos últimos años, tomaba el tranvía de la Estacion para regresar al centro de la ciudad, era de ver cómo, el cargador del muelle, y el obrero de *La Industria*, que aquí no se mueven de su asiento por la señora más compuesta y encopetada, hacían lugar á aquella mujer con su manto y su vestido humilde, que entraba allí y donde quiera que había pueblo, como si todos fueran sus hijos, ó sus hermanos, ó sus amigos.



Su principal fundacion fué el Asilo de San Manuel, donde se han instruido infinidad de niñas pobres, aliviando de sus cuidados á las madres que trabajan en las fábricas y que dejan al cuidado de las Hermanas de Caridad, los pequeños, durante el día; y donde se han llevado á perfeccion exquisita, las labores de encages y los ricos ajuares para bodas y canastillas, hasta el punto de ser estimadas por las damas de la Corte, más exigentes en las delicadezas de la ropa blanca, al igual de las creaciones de las acreditadas casas de la Rue de la Paix.

Al estallar la guerra de Africa, señoras principales de Málaga, de las familias de Loring, Heredia, Parladé, Paniega, Delius y Quirós, pensaron en organizar un hospital para oficiales heridos, distribuyéndose el cuidado y asistencia de cierto número de camas; y ella presidió la asociacion, y acudió entre las primeras á los cuidados, con tal acierto y diligencia dirigidos, que de tantos heridos graves y enfermos del cólera y disentería, como durante el curso de toda la guerra llegaron á esta ciudad, y cuyos nombres se conservan en el Album del Hospital, sólo falleció uno.

Más tarde, cuando se pensó en reorganizar la beneficencia particular bajo el protectorado

del Gobierno, se creó en Málaga una Junta de Señoras que, á semejanza de la de Damas Nobles de Madrid, interviniera en los establecimientos benéficos, y se confió la presidencia á D.<sup>a</sup> Trinidad; y su discrecion, al par que su energía y diligencia infatigables, consiguieron regularizar en poco tiempo los servicios y la asistencia de los pobres y de los enfermos; y ellos, y las Hermanas de Caridad, y los médicos, y hasta los diputados provinciales, le tributaban verdadera veneracion, en el Hospital y en los Asilos.

Formó resolucion, desde el dia en que perdió sus hijas, de no abandonar á Málaga en las epidemias, muy frecuentes y crueles en esta ciudad antes de la traida de aguas, y cuando aparecía el cólera ó el tifus, visitaba diariamente los hospitales y asistía á los atacados, como su ocupacion preferente. La fama de esas virtudes y heroismos llegó á las alturas y fué conocida de la Reina Isabel, que envió á D.<sup>a</sup> Trinidad la banda de Damas Nobles, distincion que aceptó muy agradecida, aun cuando no había de hallar quizá en su vida momento para adornar con ella su pecho. Algunos años despues, dió ocasion esa banda á un incidente, revelador del carácter singular de D.<sup>a</sup> Trinidad, y del culto



intransigente que á los sentimientos de rectitud, rendía su espíritu.

No profesaba opinion política determinada; amaba á su pátria, á la verdad y á la justicia; seguía con interés los asuntos públicos; tenía cultura general muy estensa, y aficion decidida á discurrir sobre cuestiones sociales relacionadas con los problemas de actualidad, y todo lo que moralmente representaba una grandeza, un sacrificio por el bien, le apasionaba; cuando hablaba de nuestras epopeyas históricas, se conmovía; cuando veía pasar un regimiento para la guerra, lloraba de entusiasmo; y cuando se discutían las oscuras tramas y torcidas conjuras que dieron en tierra con el reino de Nápoles, y redujeron al recinto de Roma el imperio del Pontífice, se indignaba, no solo por sus sentimientos de ferviente católica, sino por sus principios de rectitud y lealtad en el obrar, que eran como el ambiente respirable para su alma.

Las conveniencias de la política decidieron al Gobierno de D.<sup>a</sup> Isabel II á reconocer el reino de Italia, y la pena de D.<sup>a</sup> Trinidad, al saberlo, fué inmensa; con lágrimas en los ojos escribió á la Reina, ella sola, sin consultar á nadie, una respetuosa, aunque severa comunicacion, que creemos no pasó de la Secretaría de Estado,

en la que renunciaba la banda, creyendo, que si las flaquezas de los Gobiernos son tales, que obligan á prestar acatamiento al mal, y á rendir párias á la iniquidad triunfante, los honores que séres tan pobres y tan débiles otorgan, no honran á los corazones y á los pechos de aquellos, que no están dispuestos á someterse jamás, á lo que no sea la razon y la justicia.

La Revolucion del 68 lanzó á D.<sup>a</sup> Isabel II al destierro, y la fiebre que el federalismo provocó en muchas provincias de España, alcanzó las temperaturas más altas en Málaga, ensangrentando á menudo sus calles, y manteniendo por largo espacio en anarquía completa á esta comarca con trances y sucesos, que unas veces llegaban al terror y amargura del drama, y tocaban otras en la regocijada nota del sainete; pero que sobrecogían los ánimos de los más esforzados, porque de la burla á la tragedia no había á veces entreacto, y contra el humor del pueblo para provocar una ú otra, ninguna garantía de autoridad pública se ofrecía, y aún se recuerda el dicho de un caudillo federal, dictador efímero de algunos dias, que capitaneando fuerzas ciudadanas, se cruzó en una calle con D.<sup>a</sup> Trinidad, que pasaba mirándolas con la tristeza que produce el espectáculo del pueblo

jugando embriagado á las revoluciones, y acercándose á ella le dijo: *No tenga V. cuidado, Señora; todo esto es, para ver si consigo sujetar LA FIERA.*

No sujetaron á LA FIERA, ni los alhagos de sus ídolos de un momento, ni los uniformes de voluntarios, ni los derechos individuales, ni las constituciones democráticas, ni la monarquía popular; ni le tranquilizó que D. Amadeo de Saboya asegurase que estaba resuelto á no imponerse; ni le satisfizo que sus agitadores llegáran á Presidentes y Ministros, y sus tribunales se persuadieran de que debían ser hombres de Gobierno; y vivió Málaga largo espacio, sin autoridad alguna capaz de prevenir un daño, ó de castigar un atropello, que se quisieran permitir las turbas. En uno de aquellos días de mayor espanto, cuando gente armada ocupaba la plaza y avenidas de la Catedral, y estaba invadido el Palacio del Obispo, instalándose en el salon del trono la Junta revolucionaria, y decretando el derribo de los Conventos, Doña Trinidad tuvo noticias de las angustias que las Religiosas sufrían, ante una expulsion que se presentaba en condiciones tan horribles; y sóla, con su manto negro, y su abanico deslustrado en la mano, se presentó á pié en la Plazuela del

Obispo, atravesó los grupos, penetró en el Palacio por entre los voluntarios, que le abrían paso entre respetuosos de su prestigio, y asombrados de su serenidad y energía. Llegó al salón donde la Junta deliberaba, exigió del caudillo aclamado en aquellos días, D. Eduardo Carvajal, protección para las Religiosas y garantías de que serían defendidas contra todo insulto; salvó de la destrucción decretada en masa algunos Conventos, organizó la traslación á ellos de las expulsadas de otros, amparó á varias en su casa, hizo recoger los restos de las sepultadas en los Monasterios derribados, y con el asentimiento de todos, trató con la revolución y con su jefe, que honró sus virtudes con su respeto, poniendo la fuerza de que momentáneamente disponía, al servicio de las piadosas intenciones de aquella heróica mujer.

Dios le anticipó en paz y en serenidad de espíritu en este mundo, algo de los premios eternos, que recibirá en su Gloria; quien la viera en su vida de familia, rodeada por cariños tan generales y espontáneos, en los jóvenes y en los viejos, que no se distinguían en ellos los matices del parentesco, y aun de la amistad, leería en su rostro que una alegría interna, nacida del constante ejercicio de sentimientos de amor, había

cicatrizado sus heridas. Vivía apartada del mundo, que en el lenguaje convencional se llama de las diversiones y los placeres; pero no había concebido por eso odio á la vida, ni indiferencia ú hostilidad al batallar terrenal; su espíritu delicado y superior se recreaba en consolar á un moribundo, en acompañar á una familia afligida, como el artista en modelar una estatua que responde á su inspiracion, ó el escritor en verter sus ideas en el papel, cuando salen dóciles á la medida de su pensamiento ó su deseo.

No hace mucho me decía, hablando de la educacion de los hijos: *Es preciso acostumbrarlos á que se interesen por todo; la naturaleza, el arte, la pátria, los juegos, las diversiones de su edad; en todo han de poner empeño; nada debe ser indiferente en la vida; todo debe preocupar, mientras se deba hacer, como cosa de importancia, en la que se ha de procurar la perfeccion; sólo así se huye del hastio de la existencia; importa mucho menos de lo que parecè la riqueza, aun para la felicidad material y mundana; quien no tiene interés por nada, es tan digno de lástima como el que no tenga nada.*

Cuando llegó su hora de sucumbir á la enfermedad, que minaba sordamente su natura-

leza vigorosa, pudieron contemplar cuantos la rodeaban, cómo se revelaron en tales momentos, las virtudes y cualidades de su alma, según hemos procurado trazarlas, y pocas veces la hermosura moral de una vida, se ha visto en armonía más completa con la grandeza y serenidad sencilla de la muerte.

Su espíritu privilegiado, se mantuvo hasta el último instante, en todo su vigor y lucidez, como si la Providencia quisiera preservarlo de todo atentado contra él, de los que el cuerpo suele cometer, esclavizando y desformando antes de morir, á el alma, en sus manifestaciones externas; y de lo que yo ví de ella y oí de sus labios, quiero dar testimonio de verdad, aunque no lo haya menester su venerada memoria.

Acudí á visitarla tan luego bajé del tren, sabiendo que el pronóstico facultativo le señalaba muy pocos días de existencia; ya había recibido, cuando llegué, el Santo Viático, con la tranquilidad del justo; en su despejada frente, adornada aún por espesos cabellos blancos, en su boca no contraída por el dolor, no se mostraban las señales de la muerte; pero en la mirada de sus ojos claros, dirigida al cielo, y que sólo por instantes se fijaba en las cosas y personas que la rodeaban, me parecía ver la imágen de su alma

disponiéndose á dejar el cuerpo abandonado en la tierra; algo como una paloma que en la cornisa de un palacio, prepara sus alas y mira á lo alto para tender el vuelo.

Cogió mis manos entre las suyas, con efusion, y me dijo con cortas alteraciones de forma, de que no puede responder en absoluto mi memoria, estos conceptos, que son precioso resumen de las convicciones y observaciones de una vida entera de abnegacion, de meditacion y de sacrificio:

«Has venido muy tarde este año, y yo te  
»esperaba con impaciencia, aunque estaba muy  
»segura de que no me había de morir hasta  
»haberte hablado; por eso encargué que vinieras  
»aquí desde la estacion, aunque tú, sabiendo  
»cómo estoy, lo habrías hecho sin decírtelo.  
»Nunca te hablé de política, ni es bien que las  
»mujeres hablen de ella; pero yo no soy ya una  
»mujer; yo soy un alma que se vá, y que antes  
»de comparecer ante Dios, quiere decirte lo que  
»siente y lo que vé en esta hora, que es de  
»claridad y de luz, cuando de veras es la última,  
»como es ahora la mía.

»No creas nunca, ni pienses, ni dejes entender á los demás que lo piensas, ni les induzcas á creer jamás, que la política, que es el negocio

»más importante de la vida, se puede ni se debe  
»separar de la Religion y de la Fé: en éstas se  
»encierran todas las enseñanzas prácticas de la  
»moral, y en ellas está el alimento preciso del  
»espíritu, sin el que los hombres necesariamente  
»se corrompen y se envilecen, y los pueblos se  
»pierden, se acobardan, y si les llega un mo-  
»mento de peligro, se humillan, ó se desesperan  
»y destrozan.

»Gran daño fué para España perder su  
»Unidad Católica; y cuando se hizo la Restaura-  
»cion, yo escribí á Cánovas y firmé exposiciones  
»é hice lo poco que yo podía, para ayudar á  
»restablecerla; pero si ya no teneis fuerza para  
»volver atrás, no perdais por eso como idea, que  
»debeis profesar sobre todas, la de que las leyes  
»que hagais, y la conducta que sigais aplicán-  
»dolas, se dirijan á mantener viva en los cora-  
»zones sencillos del pueblo, la fé en el Dios del  
»cielo, y en los Santos y las Vírgenes de sus  
»altares; y en el alma del soldado y en la con-  
»ciencia del juez, ese sentimiento de una vida  
»eterna, y de un Sér que es Soberano de nuestras  
»almas, y que ha de juzgarnos y premiarnos, é  
»igualarnos á los felices y á los desgraciados, á  
»los grandes y á los pequeños.

»No sabeis bien, los que no tratais al pueblo





»en los dolores de su hogar, qué recursos encuentra el alma en la Fé, en los momentos de prueba, aun en aquellos que han aprendido y practicado poco y mal, pero que han creído y han amado algo espiritual y sobrenatural, si quiera en algunos dias de su vida.

»Ya sé que los pueblos viven mucho, y resisten muchos errores de las leyes y de los gobiernos; pero los que dirigís conciencias ajenas, teneis gran deber y pesada responsabilidad en dirigirlas al bien, con la accion y con el ejemplo, y piensa que te lo dice una moribunda, que ha pasado la mayor parte de su vida consagrada á consolar desgracias. Yo no sé bien lo que tú podrás hacer, ni lo que la política en España puede hacer por la Religion y la Fé Católica, pero tú lo debes saber, y lo que yo ante Dios y en la hora de mi muerte te digo, es, que aquello que puedas hacer lo hagas, y que lo que te parezca que no puedas hacer, lo intentes; porque el consuelo para el que sufre, la energía para el que pelea, el amor á la justicia en el que manda ó en el que juzga, y la resignacion en el que obedece, todo lo que es bueno, y lo que se pide á un gobierno y á un pueblo bien ordenado, *todo, todo, todo,*» y aquí alzaba su voz y apretaba mis manos contra

su pecho, «se aumenta, y se sostiene, y vive, y  
»se multiplica por la Religión y por la Fé. Adios,  
»ya no nos veremos más; vete á descansar al  
»campo, que bien lo necesitarás; yo no deseo  
»morir, quiero á los míos, y me quereis todos;  
»me hallo bien sobre la tierra; pero quiero sobre  
»todas mis aficiones y deseos, lo que sea la  
»voluntad de Dios, y siento que mi hora se  
»acerca; recibe mi bendicion y dí que me dejen  
»sola; este es el último esfuerzo que hago por  
»las cosas de este mundo; me he cansado; ya no  
»quiero pensar sino en Dios.»

Poco despues, en la madrugada del 31 de Agosto, entregó su alma con la misma sencilla resignacion y confianza en la misericordia divina con que había recibido los auxilios espirituales, y ordenado la disposición y modestia de su entierro. Se despidió de todos, y tan asombroso imperio conservó su alma hasta el momento de espirar, que al faltarle la voz y velar sus ojos la muerte, aún tuvo fuerza para cruzar sus manos sobre el pecho, entrelazando sus dedos en la actitud de la oracion.

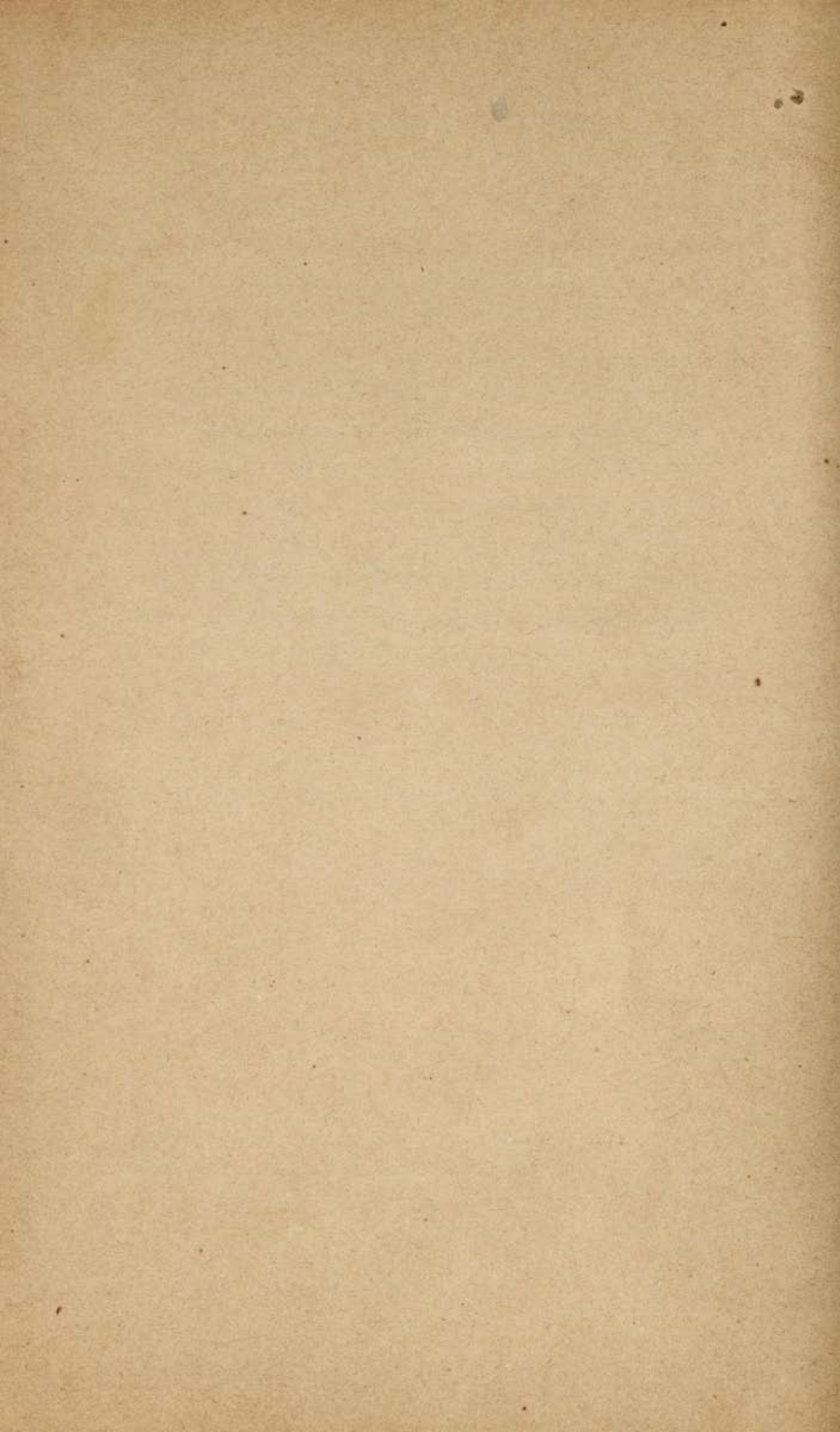
Al amanecer del dia siguiente, á el en que la ciudad entera había acompañado su cuerpo al cementerio, asistíamos unos pocos al sepelio en el panteon de la familia, y cuando cerraron sobre

el cadáver la cubierta del ataúd, aquellos conceptos de su despedida, á los que en vano he procurado conservar algo de la sublime convicción con que los expresaba, me parecía que los oía repetidos por los ecos de las bóvedas de la capilla y de la cripta, unidos á las preces de los sacerdotes. Nunca he sentido con mayor convicción que el espíritu no muere, y se desprende para otra vida superior; el cuerpo que dejábamos allí, cubierto con el vestido del naufragio del *Miño*, era él también, la destrozada túnica con que se había adornado un alma, á la que yo había visto con mis ojos, y que me había hablado sin el intermedio de los sentidos, momentos antes de arrojar su envoltura terrena, y cuando se sentía más libre, y más cercana á su centro verdadero y eterno en el seno de Dios.

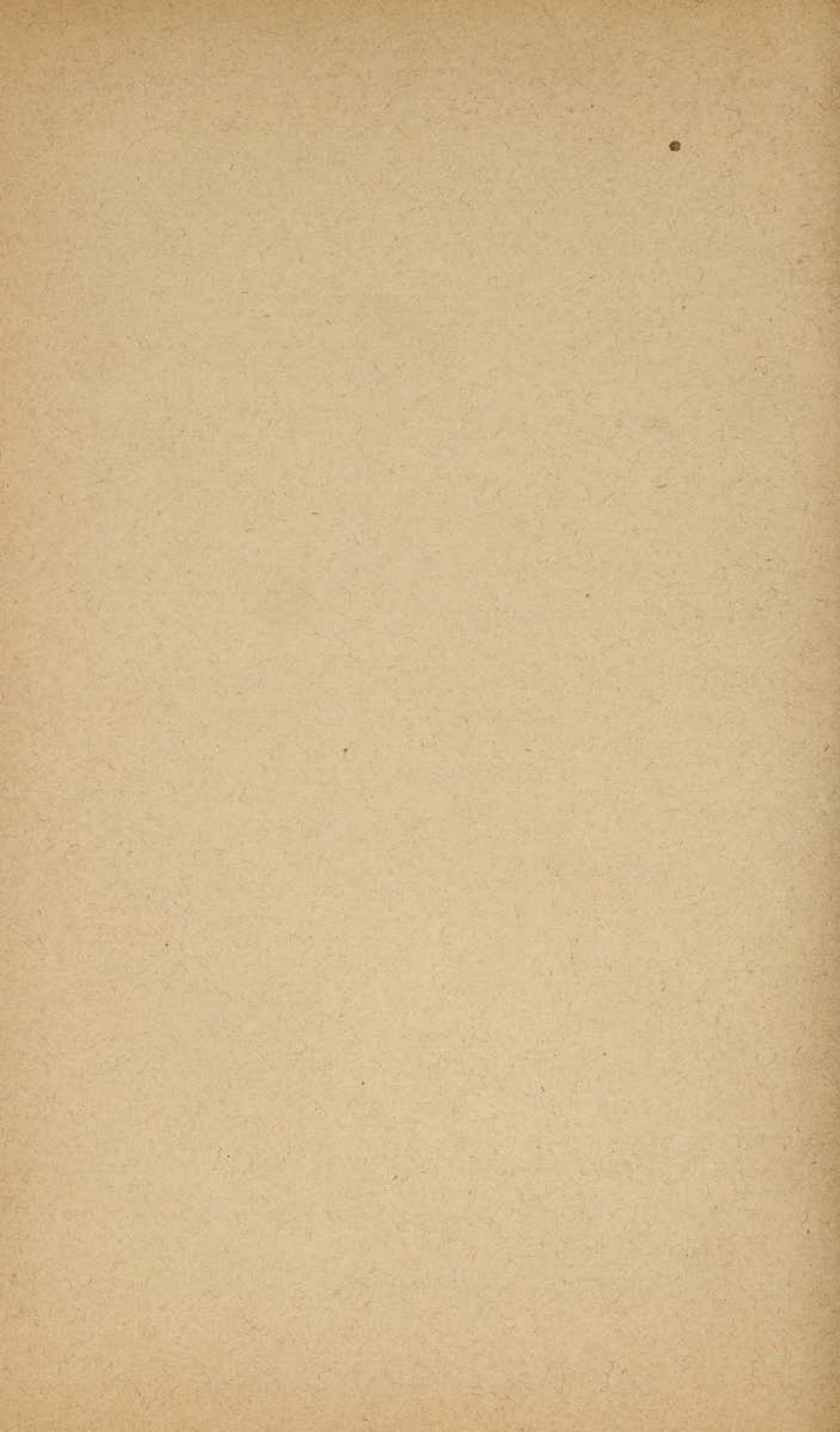
F. SILVELA.

Málaga 10 de Septiembre de 1896.



















Biblioteca Regional  
de Madrid Joaquín Leguina



\*1345742\*

